



tío Cirilo

de ojos II)

conferencias. Decían que si antes escribí "El mal de ojos", ahora "no sabían qué otra cosa había escrito" y que no iban a permitir ninguna lectura.

Bueno, pues no hubo tal acto, aunque el mismo ya lo había realizado en La Paz y debo hacerlo aún en otras ciudades del país. La prensa escrita de Santa Cruz, así como las autoridades culturales, condenaron el hecho y comenzó a armarse la polémica, o no sé qué llamarle. A las protestas cuerdas, volvieron los chillidos de hace dieciséis años.

Escucho ahora tu risa que se aleja y no sé cómo interpretarla. Yo también tengo que decir algo, tío, ¿no te parece?. Me siendo un pararrayos en medio del surazo... No sé lo que digo. Ahora reconozco que mi silencio no era suficiente para cerrar ese capítulo de mi vida, y por eso te escribo.

- Me alegro, sobrino, que te acuerdes de mí: ésa es una más de tus ocurrencias y me hace feliz.

Ahora que lo pienso, así tenía que ser: todo lo que ha ocurrido ha sido para bien. Para vernos todos del tamaño y del color que somos. Tampoco ha sido en vano mi descreimiento de los hombres, la experiencia del absurdo, del abismo y de las fuerzas del mal.

- Bueno, bueno. ¿Y por qué escribiste ese tu Mal de Ojos?

- Qué te diré... Como pasa con todos mis escritos: para no volverme loco, cortejando a la locura... Tendría que volver a mis seis y ocho años en Huasacañada, cuando te vi llegar, rodeado de tus hijos y de tu esposa Adelina. Nos trajiste un gran canasto de plátanos de Santa Cruz, tu sonrisa de gruesos bigotes y tu voz profunda. Entonces nos contabas de tu vida en la Argentina y en Villamontes, de Pocitos, donde trabajabas como empleado del ferrocarril (¿mecánico?, ¿guardaguas?) y que por un descuido te viste enganchado entre las ruedas de un vagón... Cuando una vez nos bañamos en el río de Huasacañada me mostraste tu pie: el hueso de tu dedo gordo estaba a la vista y levantado, ése era el misterio del bulto de tu zapato siempre lustrado.

Tendría que recordar la vez en que mi madre casi se ahogó tosiendo, tu desesperación y luego tu alegría al verla recuperada. Y cuando alabaste, tan emocionado y en sana salud, la infinita bondad de mi madre (tu hermana) y de mi padre que formaron una familia unida y feliz, sufrida y santa. Y que eso había que reconocer y preservar por sobre todos los bienes y males del mundo. ¿sufrías entonces, tío? ¿Que dolor, qué tristes experiencias hacían que se quiebre tu gruesa voz?

Habías sido a Huasacañada para construir covachas para tus padres (mis abuelos) en una esquina de la huerta donde estaban enterrados. El rastrojo de tu barba y tu diente de oro se confunden con el foraneo olor del cemento y la arena. Me hablabas, reías de mis ocurrencias, nos bañamos juntos en un poso del río, caminamos por la chacra y nos calentó el mismo sol. Luego regresaste a Santa Cruz.

Varios años después, cuando estaba por terminar el colegio, fui a visitarte a la ciudad, en un barrio de arena, rejas, blancas paredes, casi frente al Tronco Seco, ¿recuerdas? Estabas farreando y me pediste que te cante zambas y huayños, mi nueva habilidad, y hablabas y hablabas como el padrino del cuento. (Ahora ya no canto zambas, ahora me gustaría leerle mi cuento "El con caballo", para recibir tu voz de aliento y para que vuelvas a sentirte orgulloso de ese niño que conociste en Huasacañada.

Entonces ya había muerto tu esposa Adelina. Tus hijos comenzaron a casarse y farreabas y hablabas y recordabas tu tierra, a Perón, o el tren de Pocitos. Una noche de esas, apareció un primo, chispeadito y con cien bolivianos en el bolsillo. Yo estaba con otro amigo guitarrista. Nos tomamos más tragos y al primo se le ocurrió llamar un taxi para ir a un prostíbulo, acompañado de los dos cantores. Fuimos a muchos y no entramos a ninguno. Sólo vi desde el taxi a todo tipo de mujeres salir de las puertas amarillas a conversar con mi exigente pariente. Venían

alegres o aburridas, cubriéndose a medias los pechos morenos y las piernas, hablaban, invitaban, reían, se negaban y seguíamos viaje, mientras tú, tío Cirilo, seguro ya dormías en tu casa del Tronco Seco. (Sí, un minúsculo tronco seco, no ya la palmera ni la curva del río o el chirriar de carretones). Y yo no podía cerrar los ojos, y escuchaba, y no entendía.

Años después supe que habías muerto, y casi supe que había perdido mi infancia, pero aún no la inocencia ni la alegría, comencé a inventar el mundo con las palabras, los olores, las voces, los colores de esos primeros años, con Huasacañada al centro. Escribí sobre un torito, la sombra de un caballo, una vaca y un vaquero perdidos, el viento en los callejones.

Tenia también un hermano que enfermó de los ojos, y después de ir al cuartel, fue a Santa Cruz a hacerse ver. Volvió curado y con gafas oscuras, pero tiempo después siguió el mal. Cuántas veces lo vi en el patio sacándose las pestañas con pinzas... Comenzó a armarse el cuento. Tú ya no serías el tío sino el padrino de mi hermano, e imaginé lo que habrías hablado con él cuando fue a visitarte. Así nació "El mal de ojos".

No sé si estarás contento con tu figura. Eres un poco el malo de la película, casi un personaje plano, como dicen los entendidos. Al referirse a todo este despelote, alguien dijo: en el cuento habla un borrachito... ¡Caramba!, tu no eras un borrachito cualquiera sino mi tío. ¿Por qué tomabas? ¿Por qué odiabas? Tal vez algo de esto falte en el cuento. Pero resulta que dijiste las terribles palabras. Yo te las hice decir. Con el grande y ridículo lo de ahora, no puedo deslindar responsabilidades y dejarte solo, borrarte de un plumazo. Si yo soy el autor, tío, tu eres mi hijo y el espejo donde muchos se miran.

- Bien, ¿y ahora que has decidido?

Pues, escribirte.

- Digo, frente a los chillidos.

Ante las circunstancias de conocimiento público, el autor, consciente de que todo lo que le pasa es por no tener fortunas ni apellidos conocidos, se declara culpable de escribir con plena libertad y... No, tío. No se si llorar o morir de la risa. ¿Tu puedes entender? Si, tal vez cuando alguien chilla, es porque en su vida cotidiana es un ser pequeño, oscuro, casi inexistente. ¡Bah! No te he escrito para eso. Simplemente quería escribirte, ahora mi voz es clara y mi frente lisa, me siento bien ¿Tu cómo me ves?

- Pues, tal como te sientes, sobrino. ¿Ya has dicho todo lo que tenías que decir?

Ya lo he dicho. Pero además, tu que han pasado la frontera de la carne y de las pequeñeces, ayúdame a no envanecerme y a conservar, frente al surazo, el calor de la humildad y la alegría, y la felicidad de pertenecer a este país, a esta tierra que alberga a tan ilustres muertos.

(1996)

MANUEL VARGAS

Escritor vallegrandino. Ha publicado: Rastrojos, Las andanzas de Asunto Eguez y otros.